



SANTA MARÍA, VIRGEN MADRE

*Nueve Sermones en la novena
de la Virgen del Val*

P. Enrique Santayana C.O.

Septiembre 2018

P. Enrique Santayana Lozano C.O.

*Santa María, Virgen y Madre. Nueve sermones en la novena de la
Virgen del Val.*

© ORATORIO DE SAN FELIPE NERI DE ALCALÁ DE
HENARES

Portada:

Madonna con el Niño y San Juan Bautista,

NEROCCIO DI BARTOLOMEO DI BENEDETTO DE' LANDI

*La virginidad preparó el corazón de María
y la virginidad fue el amor pleno
con que abrazó a su Creador.*

A mi querida hija Gracia Cristina.

PRESENTACIÓN

He escrito estos nueve sermones con motivo de la invitación que amablemente me hicieron para predicar la novena de Nuestra Señora del Val, patrona de la ciudad de Alcalá de Henares, en septiembre de 2018.

Cuando acepté la invitación tuve en mente tomar unos escritos que el beato cardenal John Henry Newman compuso para la devoción de los alumnos del colegio del Oratorio de Birmingham y que solo después de su muerte fueron publicados¹. Estos textos marianos han sido recientemente editados en español como *El mes de María con Newman*². Mi intención era tomar algunas de sus meditaciones y adaptarlas sencillamente al contexto que se me pedía.

Sin embargo, una vez que me puse a preparar el texto me fui alejando de mi punto de referencia. Se podrá observar la dependencia del texto de Newman, sobre todo en el primero de los sermones y en algún otro momento concreto, pero creo que en conjunto hice algo más o menos propio, no tanto en las ideas como en la exposición. Como la intención era solo preparar el texto de unos sermones, no me tomé la molestia de indicar con notas bibliográficas las ideas que tomaba de Newman o de otros autores. Los textos que tomé literalmente de Newman y de otros sí aparecen entrecomillados e indico el autor, aunque no ofrezco referencias bibliográficas. No creo que sea necesario en una obra así y, por otra parte, son textos muy conocidos. He hecho una excepción con unas palabras de san Ignacio de Antioquía, que ofrecen gran dificultad a traductores y comentaristas. Yo las he citado con una determinada interpretación, la del profesor D. Juan José Ayán Calvo, y así lo hago notar.

¹ *Meditations and Devotions of the Late Cardinal Newman*, London, 1911.

² THE NEWMAN SOCIETY, *El mes de María con Newman* (Zapopan, Jalisco newmansocietymx@gmail.com)

P. Enrique Santayana C.O.

Agradezco muy sinceramente a la providencia de Dios y a Santa María Virgen la oportunidad que este encargo me ha brindado para contemplar más de cerca el misterio de la Virgen Madre, para acercarme más a la Madre de Dios.

DÍA 1:

**MARÍA, LA MUJER QUE DEBE SER PREDICADA,
LA INMACULADA CONCEPCIÓN**

«Una gran señal apareció en el cielo:
una mujer vestida del sol» (Ap 12,1)

María es la Virgen que debe ser pregonada, que debe que ser anunciada, que debe que ser predicada (*Virgo praedicanda*). Estamos acostumbrados a pregonar lo que es maravilloso, extraño, raro, novedoso o importante. Pero si hay algo maravilloso en esta tierra nuestra, si ha sucedido algo realmente nuevo sobre la superficie de la tierra, si ha ocurrido algo realmente importante, eso ha ocurrido en María.

Por eso, en el primer día de la novena no solo iniciamos nuestras plegarias y nuestras alabanzas a la Virgen del Val, sino también los sermones que han de predicar a Santa María Virgen. Y aunque mi vida no está a la altura de su santidad y mi inteligencia es pequeña para penetrar en la riqueza de su persona, no callaré porque, por encima de todo, ella ha de ser predicada.

¿Y cuál es el primer hecho absolutamente singular y extraordinario que vemos en ella? Que está libre de pecado. ¡Libre de pecado! ¡Sin mancha alguna! ¡Inmaculada! ¡Purísima! María es digna de ser predicada públicamente porque nunca cometió un solo pecado, ni siquiera el más pequeño; porque el pecado no tuvo nada que ver con ella; porque debido a la plenitud de la gracia de Dios, nunca tuvo un solo pensamiento, ni habló una sola palabra, ni hizo absolutamente nada que desagradase, es más, que no fuese del sumo agrado de Dios Todopoderoso.

Santa María es digna de ser predicada, y de ser predicada por hombres tan imperfectos como nosotros, justamente porque es

perfecta, porque en ella resplandece una humanidad perfecta. Es de nuestra naturaleza y en ella nuestra naturaleza humana, y la creación entera, mostró su mayor belleza. Dios nos demostró con ella lo que la naturaleza humana podía llegar a ser; lo que puede llegar a ser el hombre, el varón y la mujer, lo hermosa que puede llegar a ser su creación. Necesitamos mirarla para recordar que Dios ha hecho bien las cosas, que el mundo creado por Dios es bueno, que el hombre plasmado por Dios es bueno y hermoso, que es imagen de Dios y que esa imagen es digna del mayor respeto, la única criatura que Dios amó por sí misma, y que puede llegar a resplandecer con la belleza y la santidad con la que ya resplandece Santa María Virgen, la humilde mujer de Nazaret.

María debe ser predicada porque cuando parecía que el enemigo del género humano tenía ya la posibilidad real de destruirnos, entonces ella se alzó victoriosa. Cuando en el mundo todo parecía perdido; cuando Israel, el pueblo elegido por Dios, que había visto grandes milagros en su favor, que había sido instruido en el camino del bien y de la verdad, cuando este pueblo había abandonado en gran medida el camino de Dios y llevaba siglos sometido a toda clase de fuerzas enemigas...; cuando todo parecía perdido para la causa de la verdad... entonces Dios demostró con Santa María Virgen lo que podía hacer con nosotros.

Desde Adán, el pecado había venido sumando fuerzas. Había ido creciendo y haciéndose más y más poderoso. Se había convertido en una fuerza impetuosa que nadie podía frenar. Era como un grandísimo río que conforme avanza va sumando a su caudal el agua de sus afluentes. Entonces, cuando en el mundo parecía que el mal tenía una fuerza irresistible y que arrasaría con todo, apareció una mujer que nada tenía que ver con el pecado, que se elevaba en medio de aquella corriente de pecado, rompiendo la soberbia de las aguas impetuosas. La corriente rompió contra ella, pero ella permaneció en pie, sin mancha alguna.

En María Cristo quiso demostrar lo que él era capaz de hacer por nosotros; lo que podía llegar a ser la naturaleza humana, obra de sus manos; que él podía reducir a la nada la maldad más grande del enemigo del hombre; que podía dar la vuelta por completo a la obra del pecado, que desde Adán había venido haciéndose más fuerte. Cristo, antes incluso de entrar en este mundo, empezó a realizar su obra más maravillosa, la redención del género humano. Lo comenzó en aquella que iba a ser su Madre: intervino en la concepción de María para que el pecado no la tocara. El pecado, que todo lo envenenaba hasta entonces, no pudo infectar a María, porque el que después nacería de su vientre lo impidió. El Hijo Eterno de Dios lo impidió. En el instante mismo en que María empezaba su existencia en el vientre de santa Ana, el Hijo eterno puso un escudo ante María para que el pecado no la tocara. Puso como escudo protector los méritos de la sangre que él iba a derramar en la cruz por todos los hombres. Cristo intervino para impedir que el pecado de Adán la tocara, antes incluso de expiarlo y vencerlo en la Cruz. Por eso nosotros predicamos a esa mujer que fue objeto de una gracia tan maravillosa en el momento mismo de su concepción. Predicamos a María porque ella es la Inmaculada, la que ha sido concebida sin mancha, ¡la Purísima!

«Tota pulchra es Maria. Et macula originalis non est in te». «Eres toda hermosa, María. Y la mancha original no está en ti».

Por la Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima entendemos una verdad revelada según la cual María fue concebida en el seno de santa Ana, sin pecado original. Desde la caída de Adán toda la humanidad es concebida y nace en pecado. El salmo 50 pone en boca de todos los hombres esta confesión: «En la culpa nací, pecador me concibió mi madre». Este pecado, que nos pertenece a cada uno de nosotros y que es nuestro desde el primer momento de nuestra existencia, es el pecado de incredulidad y desobediencia por el que Adán perdió

el paraíso. Nosotros heredamos las consecuencias de su pecado, porque lo queramos o no, desde nuestro origen, todos los hombres formamos una unidad en nuestra naturaleza, que fue dañada por este pecado. Perdimos el estado de gracia y de amistad con Dios con el que el Creador nos había puesto en la existencia. Todos nosotros hemos sido concebidos y hemos nacido en este estado de pérdida, como criaturas que han sido desheredadas de los dones más hermosos dados por su Creador. La forma habitual de sacarnos de este estado de pérdida, de restituir los dones originales y de elevarnos aún más hasta hacernos hijos y partícipes de la vida de Dios, es el bautismo.

Pero María no estuvo nunca en este estado de pérdida. En el mismo instante eterno en el que el Hijo fue engendrado por el Padre y ungido por el Espíritu Santo, Dios dispuso la creación del hombre, y dispuso su redención en la Cruz, y dispuso también que por los méritos de su Hijo hecho hombre, que se ofrecía como holocausto de amor en la Cruz, María fuera redimida de esa forma especial que llamamos «la Inmaculada Concepción». Ella no fue purificada, sino preservada del pecado desde el primer instante de su existencia. María es hija de Adán y Eva pero no ha compartido con ellos el pecado. Ella no tuvo que vivir como una criatura desheredada, heredó todas las gracias originales del Creador y más aún.

En esto consiste su prerrogativa, la de ser concebida sin mancha original, que es el fundamento de todas las verdades salvíficas que nos han sido reveladas sobre ella. Digamos pues a Santa María Virgen, Virgen del Val: *«Tota pulchra es Maria. Et macula originalis non est in te»*, «toda hermosa eres, María. Y la mancha original no está en ti».

Amén.

DÍA 2:

**MARÍA, LA MUJER QUE DEBE SER AMADA.
LA OBRA MÁS PERFECTA DE LA CREACIÓN**

«Prendado está el rey de tu belleza»

(Sal 44,12)

Ayer decíamos que las maravillas que vemos en María nos obligan a hablar de ella: María es la Virgen Inmaculada y por ello la mujer que debe ser predicada. Ella es realmente grande, un prodigio que se eleva como una torre de marfil sobre todas las obras de la creación y sobre todas las obras de la redención. María es la criatura más hermosa porque es la Inmaculada, porque en ella no hay pecado, porque es la toda santa.

Dios la preservó del pecado en su concepción y ella, en el uso de su libertad, no solo se mantuvo sin pecado, sino que se perfeccionó día a día en el ejercicio de la virtudes, que fueron esculpiendo su espíritu y su cuerpo. María atrajo la mirada de Dios, que se complace en la belleza del bien. Por eso los cristianos hemos interpretado las palabras del salmo aplicadas a María: **«Prendado está el Rey de tu belleza»**.

De las manos creadoras de Dios salió un mundo lleno de belleza, de orden y de armonía. Un mundo grande, el universo infinito; profundo como el océano insondable; hermoso, como son hermosos los montes cuando pasa el invierno; lleno de luz como las horas del mediodía en el estío. Tanta es su belleza que la Biblia canta: **«El cielo proclama la obra de Dios, el día al día le pasa su mensaje, la noche a la noche se lo susurra»**. El mundo proclama la belleza suprema de su Creador, el Dios Único, inteligente y libre que lo ha creado. Él todo lo hizo bien, con orden, preñado de verdad y de belleza.

De la misma manera que creó este mundo material, creó también a los ángeles, seres no materiales, sino espirituales, bellísimos en su sustancia espiritual. Ellos son una obra de arte acabada, que posee desde el inicio su propia perfección. Si con los ojos del alma pudiéramos ver un ángel, diríamos que es perfecto en sí mismo, que no podríamos imaginarlo mejor. De esa perfección y belleza son dueños, la poseen desde que fueron creados y, si no la desprecian, la poseerán para toda la eternidad.

El universo es realmente una creación fascinante. El océano de estrellas incontables y los valles, las altas montañas, las llanuras severas y los ardientes desiertos, los animales de todo tipo, ¡y los ángeles!, los bosques que se extienden ante nuestros ojos, el aire y la luz que todo lo envuelve, el suave rocío, la escarcha, el hielo y el fuego temibles, las nubes, las selvas... Y ante una creación tan fascinante, ¿qué es el hombre?, ¿qué somos nosotros?, ¿no somos acaso algo insignificante en el conjunto de esta gigantesca obra de materia y espíritu?

Algunos han llegado a pensar que realmente no somos nada, que toda la importancia que nos arrogamos no es más que una ilusión vana. Eso es lo que debió de pensar de nosotros Luzbel antes de su caída, cuando Dios decretó que él y todos los espléndidos ángeles estuviesen a nuestro servicio. «¿Cómo serviré a un ser tan insignificante?» —pensó entonces— «¿Acaso los ángeles, espíritus libres, hemos de servir a este pequeño ser plasmado del polvo de la tierra?». Intuyó Luzbel que aquel pobre Adán llegaría a estar muy por encima de él. Lo envidió, lo odió y lo engañó para que pecase.

Desde entonces, después del primer pecado, ¿no se ha envilecido el hombre? ¿No se ha hecho cruel y egoísta? ¿No ha corrompido el amor? ¿No ha devorado a su semejante? ¿No es acaso el hombre el que destruye la creación? Incluso en la misma Iglesia, ¿no nos han horrorizado y espantado las noticias de lo que han hecho algunos sacerdotes y obispos, cosas que por

respeto a este lugar sagrado prefiero omitir? Entonces: ¿No se ha convertido el hombre en un ser despreciable? ¿Eso enseñan algunos! Desprecian al hombre, tal como lo desprecia el diablo; lo odian, querrían su desaparición y promueven una cultura de muerte. Matar a los niños en el útero materno, matar a los enfermos, a los ancianos o a todo aquel que sufre, la voluntad expresa de no traer hijos a este mundo y de separar la procreación de la sexualidad, son los más terribles síntomas de esta idea que se ha propagado: que el hombre no es un ser digno de este mundo, que su vida es lamentable y que puede ser borrado del universo.

Sin embargo, al mirar a la Virgen Inmaculada vemos otra cosa: la belleza y la grandeza, la luz y el bien que atraen el amor de Dios. **«Prendado está el rey de tu belleza»**. Con su belleza, Santa María nos enseña la grandeza y la dignidad del hombre y de la mujer. Ella, como una torre de marfil, se eleva sobre todo el universo por su grandeza. Es más hermosa que el sol, más que el océano, más que los valles y los montes. Mucho más hermosa que todos los ángeles. ¡Y es de nuestra raza! Ella nos muestra nuestra propia grandeza. Al mirarla entendemos que nuestra vida es importante, que la vida humana, la más pequeña, la más pobre, la más sufriente, es una vida que esconde la belleza del amor, porque, el que todo lo creó, al que amó fue al hombre. Quiso la existencia de todas las cosas, pero todas en función del hombre y solo al hombre lo amó por sí mismo. Solo por amor al hombre inició Dios el universo. Su amor por el hombre «mueve el sol, la luna y las estrellas».

El amor con el que Dios ama al hombre, desde el inicio de su existencia hasta que lo perfecciona y lo hace entrar en el cielo, ese amor hace digna e inviolable toda vida humana. El amor que resplandece en Santa María nos dice que somos amados, valiosos, llamados a la gloria, a una forma de ser que está muy por encima de los ángeles, allí donde Cristo resucitado ha llevado nuestra humanidad, allí donde Santa María ha sido elevada por su Hijo.

Cuando Dios mira a sus ángeles, ve la obra que desde el inicio tiene su propia perfección, siempre en función del servicio que han de prestar al hombre. El ángel es una obra bellísima, pero existe en función del hombre y no puede elevarse por encima de sí mismo en el orden de la creación. Pero cuando Dios mira a un hombre, a un pobre hombre desvalido y enfermo, a un frágil hombre recién engendrado en el seno de su madre, a cualquier hombre, ve a un ser que puede llegar mucho más alto que el ángel, que puede elevarse en su propia naturaleza y llegar a participar de la gloria de Dios. Cuando ve a un hombre, Dios ve a su Hijo Jesús resucitado y, junto a él, ve a Santa María elevada al cielo y a todos los que llegarán allí, ve la humanidad doliente del crucificado que ha vencido la muerte y se ha elevado al cielo, ve a la frágil niña concebida en el seno de santa Ana que participa ya de la victoria de Cristo.

Por eso Santa María es «amable», «digna de amor». Dios la protegió en su concepción para que fuese la Inmaculada, con la belleza original de la mujer en el paraíso. Pero ella, en el uso de su libertad se ha hecho digna de un amor más grande, del amor que es la sustancia de la vida de Dios. Recibió como gracia el don de su concepción Inmaculada y mereció ser elevada al cielo por el poder de Dios para participar de la gloria de su Hijo resucitado.

Ella nos muestra que no hay ser más hermoso que el hombre, nos enseña lo que significaban las palabras de Dios: **«hagamos al hombre a nuestra imagen, a semejanza nuestra»**, nos enseña por qué Dios se complació al crear a Adán. En Adán, pobre y modelado del barro, en cada hombre, en cada vida humana, por pobre, débil y sufriente que sea, él contempla la obra hecha en María, la más bella de las criaturas. Contempla esta humanidad que él ha amado y que es capaz de acoger su amor y de amar.

Santa María, Virgen Madre

María debe ser amada. El amor con el que Dios la ha amado la ha hecho amable en extremo. El amor con el que ella ha hecho suyo el amor de Dios y ha amado a Dios la ha transfigurado.

María, Virgen del Val, Virgen sin mancha de pecado, toda santa, **«el Rey se ha prendado de tu belleza»**, nosotros mismos estamos admirados prendados de tu belleza, que nos llena de esperanza. Virgen amable, **«tú eres la gloria de Jerusalén, tú eres el honor de Israel, tú el orgullo de nuestra raza. Por eso Dios te ha fortalecido y serás bendita por siempre»** (Jdt 15,9-10).

Amén.

DÍA 3:

MARÍA, SIEMPRE VIRGEN

«*Tu esposo es tu Creador*»

(Is 54,5)

La creación es un prodigio que nos habla de algo mucho más grande que nosotros, nos habla de su Creador. A veces tenemos que sufrir las miserias de la vida, las decepciones de los amigos, de los familiares, de nosotros mismos. Cuando éramos jóvenes dibujábamos con nuestros deseos un futuro brillante; sin embargo, nuestro presente ¡qué lejos está de aquello! ¡Qué poco nos parecemos a lo que imaginábamos que llegaríamos a ser! ¡Más pequeños! ¡Menos fecundos!

La decepción de nosotros mismos es dolorosa y triste. Sin embargo, si en un momento de lucidez, somos capaces de mirar más allá de nuestras pobreza y fijarnos en la anchura del cielo que nos cubre; si al sentir el frío o el calor, nos percatamos de que la creación nos reclama; si al sentir el viento y la lluvia, escuchamos la voz de quien puede limpiarnos; si somos capaces de salir del pozo del yo, para mirar los azules del mar o los verdes de los montes; **si dejamos que las obras de la creación nos hablen de su Creador**, entonces atisbamos que Él está allí, aunque más allá de todas las cosas; que alcanzar el destino grande con el que nuestra alma se abría en su juventud a la vida, no depende solo de nosotros, sino de este Creador que da razón del universo, con el que nos regala y nos rodea. Intuimos que estamos en manos de un Tú magnánimo que nos llama, que no hemos visto, pero que nuestra alma reconoce bien. Entonces nuestro espíritu empieza a buscar una manifestación más clara de ese Tú que es su Creador y, en la espera de su presencia, se calma su inquietud.

Uno de los males del hombre moderno es no mirar fuera, no mirar a lo lejos y a lo alto, sino encerrarse en círculos cada vez más pequeños. Ya no tiene como patria un imperio; su familia se reduce cada vez más y es cada vez menos alegre; sus ojos difícilmente son ya capaces de ir más allá de cuatro paredes o de una triste pantalla luminosa; ya vive solo, sin esposo, sin esposa, sin hijos; ya se enfrenta solo a la vejez y a la muerte; ya tan solo se le ofrece la artificial familia del asilo o, infinitamente peor, la económica eutanasia.

¡Si aprendiésemos a mirar más lejos y más alto! ¡Si recuperásemos la gran familia y los grandes amigos! ¡Si aprendiésemos de nuevo a mirar fuera, siempre más allá! ¡Más allá de las columnas de Hércules! ¡Más allá de donde los economistas ponen los límites del espíritu! Entonces esperaríamos al Creador que hizo todo de la nada y que hizo este espíritu nuestro capaz de abrazar el universo entero mientras percibe que nuestro ánimo y deseo es aún más grande. Y al ver que todo lo grande es en realidad pequeño para nuestro ánimo, le esperaríamos a Él.

Esta es la maravilla de la creación: nos da noticias de un “Tú” Creador, nos incita a buscarlo y sostiene la esperanza de que él mismo aparezca, muestre su rostro y deje oír su voz. La creación nos habla de su Creador. Todas las obras creadas nos hablan de él. Ahora, entre todas las “palabras” de la creación, aun a pesar de todos los pecados, no hay otra tan elocuente como la del amor conyugal.

Dicho amor no se identifica con la veleidad de los sentimientos, ni con la efervescencia de la atracción sexual, aunque implica la sexualidad y los sentimientos. El amor es una realidad firme, la más sólida de todas, y en su seguridad da cauce, sosiego, orden, lugar, valor y belleza tanto al sentimiento como a la sexualidad.

El amor conyugal se levanta sobre el acto más decisivo del varón y de la mujer: cuando, dueños de sí, deciden acoger al

otro como un bien definitivo y entregarse a él para siempre. La decisión de un amor irrevocable libera al hombre de la soledad y lo inicia en una vida de comunión, estable, con la que puede afrontar el reto de la vida, construir una comunidad local y una nación, aventurarse en el conocimiento del universo y aspirar a la relación con el mismo Dios.

El amor irrevocable entre un varón y una mujer es el único capaz de generar vida humana y el único ámbito donde los hijos experimentan seguridad y alegría. No hay nada más fuerte y más valioso; nada que tenga su fuerza para dar vida y hacer progresar. Sobre todo, nada como el amor firme y estable entre el hombre y la mujer habla del ser de Dios, el amor entre tres personas distintas y una unidad perfecta fundamentada, no en el poder, ni en el sometimiento, sino en el amor.

Sin embargo, en el amor conyugal se experimenta un límite. El esposo y la esposa *pisan* siempre el límite del otro: no pueden dar todo lo que el otro necesita; no pueden esperar del otro todo lo que desean; y si se empeñan en exigir todo al otro, lo ahogan. Solo si avanzan hacia un amor más grande y definitivo, el de Dios, no terminan ni resignados a un amor pequeño ni destruyéndose, queriendo tomar del otro lo que el otro no puede dar.

He querido mostrar hasta aquí que la creación, sobre todo el amor conyugal, es un signo que, con sus límites, nos habla de Dios y nos remite a Dios. Ahora se entenderá mejor la gran novedad que en el mundo supuso María y su virginidad, elegida por ella cuando su espíritu se abría a la vida, mucho antes de que el ángel la visitara, elegida como virginidad para toda la vida.

¿Pudo experimentar María la belleza de lo creado? Más que nadie —De esto estoy convencido—. ¿Pudo experimentar la belleza y el valor del amor humano, del amor de los padres o de la amistad? Sí, más que nadie. ¿Pudo entender el valor del amor conyugal al que toda mujer israelita aspiraba? Sí, y más que

nadie. Justamente porque ella contemplaba todo con los ojos cristalinos de quien no ha sido afectada por el pecado. Por eso ella entendía el orden de las cosas, su significado y su belleza. Ella sí entendía lo que cada cosa decía del Creador. Entendía perfectamente quién le hablaba en las cosas, el mismo que le hablaba en la conciencia desde muy niña, el mismo que hablaba en la Ley, en los Salmos y en los Profetas.

El pecado ha introducido el desorden en nuestros sentidos y en nuestra inteligencia. La confusión de Babel nos toca a todos con el pecado. Pero María, Inmaculada, entendía cada palabra natural de la creación en su orden y entendía cada palabra que Dios hacía resonar en su conciencia, y entendía con naturalidad que era la misma voz que había hablado a Abraham de forma sobrenatural y la que recogía la Escritura.

Ella más que nadie veía la belleza de cada cosa, pero también su insuficiencia, y aspiró al amor que daba razón de todo, al amor más grande. Pudo distinguir mejor que nadie aquella voz que resonaba en su interior, en la conciencia, que le llamaba a buscarlo más allá de todo. Había leído en el salmo lo que escuchaba en su conciencia: «**busca mi rostro**». Y con el salmo había podido responder con plena inteligencia, con plena posesión de sí y con total determinación de su voluntad: «**Tu rostro buscaré, Señor**» (Sal 27,8).

Yendo más allá de todo con su entendimiento claro, con su deseo nítido de Aquel que en todas las criaturas le hablaba, amó a quien aún no se le había manifestado y abrazó la virginidad antes de conocer el plan de Dios, abrazó la virginidad como la forma de un amor indiviso y total a quien aún no se le había manifestado, al que llegará a ella por el anuncio del ángel.

Sí, María amó, aún siendo muy niña, a la Palabra que dejaba oír su voz en todo lo creado y que ella percibía como una voz nítida. Cuanto más pasaba el tiempo y se ejercitaba en este amor virginal, más claro era su deseo de desposar virginalmente ese Amor que todo lo ordenaba y lo movía. Las palabras del *Cantar*

de los Cantares movían su alma como el murmullo constante de las olas, y con ellas se dirigía a cada obra creada: **«Os conjuro, hijas de Jerusalén: si encontráis a mi amado, decidle que estoy enferma de amor»** (Ct 5,8).

Este amor virginal fue algo nuevo en la creación. No se había dado jamás hasta entonces. En medio del universo y en medio de la historia brilló el amor virginal de María antes de que el objeto de su amor, su Creador, se le manifestara. **Y Dios la tomó como suya**. Envió al ángel para no forzar con su directa visión la libertad de la Virgen, pero cuando María dio su consentimiento, **«Hágase»**, el Señor de todo lo creado con su Espíritu descendió sobre ella y la desposó. Dio comienzo la recreación de todas las cosas.

Entonces la creación entera clamó con la voz de la Escritura: **«tu esposo es tu Creador»**. La virginidad preparó el corazón de María y la virginidad fue el amor pleno con que abrazó a su Creador. En María se derramó el amor infinito y eterno de Dios, hasta hacerla totalmente suya y hasta hacerse Él mismo totalmente de ella. El amor de Dios que dio inicio a la creación, que nos llama en todas sus obras y que brilla en el amor conyugal, de repente se ofrece todo por entero a una mujer, que lo acoge y lo abraza con el sí de la fe, con toda su alma y con todo su cuerpo, hasta hacer suyo al propio Dios. Él en su amor se abaja hasta esta mujer única. Su amor le mueve a empequeñecerse, para poder ser acogido por la humilde muchacha de un pueblo perdido de Galilea. Y María en su amor agranda su humildad y abraza al que los cielos no pueden contener, a Aquel que da luz a las estrellas y al sol.

La virginidad de María es un milagro humano y divino: el milagro de Dios, de darse por entero a una mujer; el milagro del amor de una mujer que hace suyo al Creador. La virginidad de María consiste en acoger a Dios, para lo cual consagra todo lo que es: desde el primer instante de su concepción inmaculada hasta su llegada a los cielos. El Dios que no cabe en el universo,

cuyo amor no tiene principio ni fin, ni límite, requiere para entrar en el mundo la total entrega de María. Y María le dedica toda la vida, todo su cuerpo y toda su alma. Esto es la virginidad perpetua de María, virginidad de cuerpo y alma, virginidad antes del parto, durante el parto y después del parto. La virginidad es el amor total de María.

Toda la belleza de la creación palidece ante la belleza del amor de María, ante su virginidad. Toda la belleza de este universo creado por Dios, todo el amor que se deja entrever en la existencia de las criaturas, todo se concentra en ella.

El amor conyugal mira a María y contempla en su virginidad el amor donde está su origen y su fecundidad. Mira a María y contempla en su virginidad el amor que sostiene su fidelidad. Mira a María y contempla en su virginidad el amor perfecto al que se encamina más allá de la muerte. Todo el amor del que la vida conyugal es signo está presente y cumplido en la virginidad de María: un milagro de Dios y un milagro de aquella mujer joven, humilde y amante. Toda la belleza y todo el amor está allí expresado y presente, sin límite.

Sí, la creación es una obra maravillosa de Dios. De toda ella el hombre; y de todo el hombre, María Virgen, María, siempre Virgen. Que tu virginidad, María, Virgen del Val, nos enseñe los caminos del amor y nos conduzca hasta Aquel que es el origen y el fin de todo amor.

Amén

DÍA 4:

MARÍA VIRGEN, LA PLENITUD DEL AMOR

«Mirad, la virgen está encinta»

(Is 7,14)

Ayer explicamos que María es Virgen porque el amor de Dios irrumpe en ella de forma absoluta: Dios se entrega totalmente a María, Dios se hace de María; y María se entrega totalmente a Dios, María se hace de Dios. La virginidad es el amor total de María, la plenitud del amor. La virginidad no es una carencia de amor, ni un sucedáneo, sino la plenitud del amor.

Si la fidelidad entre los esposos es la forma en que se realiza su mutua entrega, y esa fidelidad es de cuerpo y alma —y no puede ser de otra forma—, de la misma manera el amor único y exclusivo con que Dios hace suya a Santa María, se realiza y se desarrolla en su virginidad de cuerpo y alma.

Lo diré de nuevo: la virginidad de María es la plenitud del amor. Lo que el amor conyugal expresa y busca con sus límites, en María se da en plenitud. De esta forma, la virginidad perpetua de María muestra al amor conyugal: primero, el origen y la fuente de todo amor; segundo, la tierra firme en la que todo amor se sostiene en cada instante; y, tercero, el fin, la meta y la plenitud a la que tiende todo amor humano verdadero. Por eso, cuando se ha oscurecido el valor de la virginidad de María, se ha oscurecido también el valor del amor humano fiel y fecundo.

Contemplemos por un instante el momento de la Anunciación, cuando Dios, por medio del arcángel, requiere a María para ser la madre de su Hijo, el momento en el que el Verbo se hace carne, en el que Dios se hace hombre. El amor de Dios se inclina desde su grandeza hasta la pequeñez de la virgen

de Nazaret; y el amor de María se yergue, crece y da cabida por su virginidad a quien los cielos no pueden contener.

Todos los tiempos dependen de este momento breve, en el que Dios requiere de María y en el que María dice «hágase». De este diálogo sostenido por el amor fiel de Dios y el amor virginal de María dependen todos los tiempos. Todo el universo gira en torno a este punto minúsculo de Galilea, donde Dios se abajó y donde María se elevó. Podemos recordar cómo san Bernardo de Claraval evoca este momento del que depende toda la obra de Dios, su creación y la historia de la salvación:

Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el Ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies.

Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Da pronto tu respuesta. Responde presto al Ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del Ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento.

«Aquí está -dice la Virgen- la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

La evocación de san Bernardo pone de manifiesto que el momento de la Anunciación es clave para toda la creación y para todos los hombres que han existido y existirán. Es el momento en el que el amor de Dios se inclina todo por entero y del todo a María; y el momento en el que María hace suyo este amor. El fruto de este milagro divino y humano es Jesús, tal como rezamos en el Ave María: **«Bendito el fruto de tu vientre, Jesús»**. La virginidad de María está en función de este momento, en el que por el abrazo inefable del amor de Dios empieza a ser Madre. Si la unión conyugal aún en sí el amor en acto de los esposos y la fecundidad de ese amor, la virginidad de María aún el amor en acto a Dios y su fecundidad: María abraza a Dios, que es más grande que ella, más grande que el universo inmenso, y al hacerlo, permite que Dios la convierta en la Madre de su Hijo.

La virginidad de María aún su amor total a Dios y su fecundidad, su maternidad. Virginidad y maternidad se aúnan en María: La forma de amar al que es el amor infinito y eterno, la forma de fecundidad por la que una mujer introduce en el

mundo a su Creador y Salvador. San Ambrosio de Milán enseña que María, con su virginidad, inauguró en la tierra la vida que es propia del cielo, esto es, la vida de Dios que es amor. Dice de forma bellísima:

La virgen hizo venir del cielo aquello que había de imitarse en la tierra. Buscó en el cielo su modo de vivir la que allí, en el cielo, tenía a su esposo. Ella, elevándose sobre las nubes, la atmósfera, los astros y los ángeles, encontró al Verbo de Dios en el seno mismo del Padre y bebió a raudales su amor. Y ¿quién dejará un bien tan grande una vez encontrado? «Ungüento derramado es tu nombre, por eso te aman las doncellas» (Ct 1,3-4). [...] Entonces la Virgen concibió en su seno y el Verbo se hizo carne, para que la carne se hiciese Dios.

En toda la prodigiosa obra de la salvación, desde la misma creación en adelante, ninguna obra divina había sido tan magnífica como esta. Eso sí, la obra más grande acaeció escondida en la pequeñez de una humilde mujer, en un lugar remoto y olvidado de la tierra.

No es de extrañar que hasta que llegó María, la virginidad para toda la vida fuese algo desconocido en la historia del pueblo de Dios. Pero tampoco extraña que a partir de María muchas hijas de la Iglesia eligiesen la virginidad para toda la vida, que quisieran para sí el amor y la fecundidad que inauguró María. Volvemos a san Ambrosio:

¿Quién negará que descendió del cielo la vida de las mujeres que se consagran en virginidad, vida que no encontramos fácilmente en la tierra, sino después que descendió Dios hecho hombre? [... Solo entonces] se difundió por todo el mundo este género de vida celestial.

La virginidad de María es la plenitud del amor. En toda la obra de la creación y de la redención solo hay algo más grande

que este amor de María siempre virgen: el amor de su hijo Jesús. Dios establece con María un diálogo de amor que nunca antes se había dado. En este diálogo, la forma concreta que tiene el amor de María es la virginidad. Su fruto, Jesús, une en una sola persona humanidad y divinidad, a Dios y al hombre. Desde luego que el milagro del Dios hecho hombre lo hizo el mismo Dios, pero no lo hizo sin María. Dios llegó con su amor todopoderoso a abajarse del todo, pero María con su amor virgen lo hizo suyo, lo engendró y lo dio a luz. La virginidad de María hace presente en este mundo, y lo hace presente por primera vez en la historia, un amor sin límites, un amor que va a romper todos los límites del hombre.

Santa María, Virgen Madre, cuando Judá se tambaleaba de miedo ante los enemigos que se cernían sobre él, Dios envió al profeta Isaías con la visión de lo que vendría: «**Mirad, la virgen está encinta**». Tu virginidad es la señal de nuestra victoria sobre el mal, el signo de que el amor humano puede traspasar los límites del pecado y participar del amor divino, el anticipo de la resurrección de tu hijo Jesús. El signo de que la promesa hecha por tu Hijo a Pedro no quedará en el olvido: «**no prevalecerán**».

Tu virginidad, santa María, es el signo de que por muchos que sean los enemigos de la Iglesia, y por muchos que sean los hijos de la Iglesia que traicionen la sangre derramada de Cristo, las puertas del infierno no prevalecerán.

Santa María, Virgen Madre, Virgen del Val, enséñanos el valor del amor humano verdadero. Ahora que muchos matrimonios han sido engañados y creen casi imposible un amor fecundo y un amor para toda la vida, muéstranos la belleza y la alegría del amor sponsal. Ahora que muchos consagrados, sacerdotes, e incluso obispos, han pervertido la vida virginal que tú inauguraste, en esta hora dramática, muéstranos tú, enséñanos, Virgen del Val, la belleza, la alegría y la fecundidad del amor virginal. Que tu virginidad nos dé la fuente de ese amor, nos dé el sostén cotidiano del amor humano, nos

Santa María, Virgen Madre

encamine hacia el amor definitivo, para que el amor humano no se pierda nunca, ni siquiera con la muerte, y encuentre plenitud. Cuida de aquellos que han consagrado su amor de esposos, dales fidelidad y fecundidad. Cuida de aquellos que han consagrado su virginidad, hazles partícipes de tu amor total. Danos a todos siempre el fruto de tu amor virginal: a Jesús, el fruto bendito de tu vientre.

Amén.

DÍA 5:
EL MÉRITO DE LA FE DE MARÍA

«Hágase en mí según tu palabra»

(Lc 1,38)

Hemos hablado en estos días de la Inmaculada concepción de María y también de su virginidad. Hablaremos pronto del título más grande que le da la Iglesia: Madre de Dios. Pero para llegar a eso, hoy hablaremos de la fe de María, del mérito de su fe.

En nuestros días, hablamos de la fe como si fuese una mera creencia, o un cierto sentimiento religioso, o una forma de suponer cosas de las que no tenemos certeza científica. Nosotros no hablamos aquí de una fe así, hablaremos de la fe tal como aparece descrita en la Escritura: la respuesta confiada del hombre a Dios, cuando Dios le habla, le muestra la verdad y el camino a seguir.

Así, cuando Abraham escucha la palabra de Dios: **«Sal de tu tierra y de tu patria y de casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré»**, Abraham responde a Dios fiándose de su palabra y obedeciendo, poniéndose en camino. Hablamos aquí de esta fe, por la cual un hombre responde a Dios que le habla.

A Abraham le llamamos el padre de la fe porque con él empieza el hombre a escuchar a Dios que entra en su historia y le habla. A partir de Abraham, Dios teje una larga y maravillosa historia que culmina en la encarnación, la muerte, la resurrección de Cristo y el envío de su Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Es una historia que Dios hace por nosotros y para nosotros, «por nosotros los hombres y por nuestra salvación»

—rezamos en el Credo—. Solemos subrayar, con toda razón, que esta historia de salvación, de nuestra salvación, es una historia hecha por Dios. Es Dios el que salva, es Dios el que conduce la Historia, el que llama a Abraham y luego a su hijo Isaac, luego a Jacob, el que manda por delante de su pueblo a José, el que preserva de las aguas del Nilo a Moisés y lo llama y lo convierte en su amigo, es Dios quien guía a su pueblo hacia la verdad y la libertad, con la Alianza del Sinaí y la llegada a la tierra prometida. Es Dios quien abre a Josué el territorio de Palestina para que lo distribuya entre los hijos de Israel. Y así hasta que llega la plenitud de los tiempos. En ese momento es también Dios quien tiene todo el protagonismo, quien envía a su Hijo para salvarnos del pecado y darnos la filiación adoptiva. Efectivamente, toda esa historia, que tiene como objeto nuestra salvación, era conducida y protagonizada por Dios. Es **su** obra.

Después de la grandiosa creación de la nada, Dios empieza esta otra obra aún más grandiosa, si cabe, que consiste en salvarnos del pecado y hacernos partícipes de la vida divina, de la vida de su Unigénito, hacernos hijos. Dios es el único Creador y es también el único Salvador. Si cuando él quiso creó todo de la nada, de una forma que se nos escapa; si fue él solo el que dio el ser a las cosas, de modo que empezó a existir lo que antes no existía en absoluto; de la misma forma es él y solo él quien dio al hombre lo que estaba más allá de cualquier posibilidad humana: la vida divina. Lo que quiero subrayar aquí es que la obra de la salvación humana, es obra de Dios. Después del pecado de Adán, Dios es el autor de la historia por la cual concedería al hombre la reconciliación y la filiación divina.

Subrayado este primer punto, quiero llamar vuestra atención sobre otro aspecto de esta obra de Dios: que Dios no hizo esta historia sin el hombre. La historia de la salvación no es un monólogo de Dios, sino un diálogo entre Dios y el hombre. Al afirmar que Dios es el verdadero autor de la salvación podríamos llegar a pensar erróneamente que él no tomó en

serio nuestra libertad, que nos ha usado como pequeños juguetes, como muñecos que ha movido caprichosamente.

Sin embargo esto no es así. La historia de la salvación es la historia de un diálogo amoroso entre Dios y el hombre. Si Dios es Palabra, la Palabra necesita quien la escuche y quien responda a ella, solo así puede continuar el diálogo. La respuesta del hombre a Dios entra a formar parte de esta historia de la salvación que hace Dios. Es decir, Dios salva y la salvación que él da implica la respuesta del hombre. La salvación que Dios ofrece a todos los hombres en su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, implica y se sostiene en la fe que antes han dado hombres concretos, como Abraham, o Isaac, o Jacob, o José, o Moisés, o David... ¿Habría podido Dios hablar en sueños a José si antes su bisabuelo Abraham no hubiese dado fe a Dios, si Abraham no hubiese considerado digna de crédito la palabra de Dios, si no hubiese obedecido y no hubiese engendrado, fruto de esa fe, a Isaac? No, desde luego que no.

San Mateo en su Evangelio nos ofrece una genealogía de Jesús que se retrotrae hasta Abraham, el padre de la fe. Esa genealogía es el resumen de los milagros y las grandes gestas que Dios ha hecho por su pueblo hasta el momento de enviar a su Hijo, pero es también la indicación de la respuesta de fe de muchos hombres, sin la cual esa historia sería imposible. Dios ha hecho que la fe del hombre forme parte de su obra salvífica, de su gran obra. Nos ha dado al Salvador, Jesús, su Hijo, que es Dios verdadero, pero también hombre de verdad y como hombre verdadero no se explica por sí mismo, sino por los hombres que le precedieron. Él se pone a la cabeza de todos ellos, a la cabeza de la fe que, aun con sus fallos, ellos han dado a Dios. El Hijo Eterno, al hacerse hombre, continúa el camino de todos aquellos hombres que le preceden y que aun con sus caídas y titubeos, han sido fieles a Dios.

Así podemos entender que la salvación es un don de Dios. Es gracia. Habréis oído seguramente esta expresión: «Todo es

gracia». Es una afirmación verdadera. Pero hay que añadir que la gracia incluye el mérito del hombre, el mérito de su fe. La gracia que Dios nos ha dado con su Hijo hecho hombre incluye el mérito de la fe de muchos hombres, la fe de Abraham y de todos los que le siguieron, la fe de David y de todos los que le siguieron, **pero sobre todo, al final, la fe de María**. La fe de María nos ha dado a Cristo, nuestro salvador. Como Abraham y más que Abraham, ella consideró digna de crédito la palabra de Dios que le llegaba por el ángel y se dispuso a la obediencia más radical que es la de dejarse hacer por Dios: «**He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra**».

Dar fe a Dios no es dar fe a cualquier cosa, ni fiarse de cualquiera. Dar fe a Dios no es como fiarse de una opinión, dar fe a Dios no es como dejarse llevar por un sentimiento, que quizá mañana se haya olvidado. Dar fe a Dios no es fiarse de un hombre, de un político, de un periodista o de cualquier otro... pongamos de un hombre de Iglesia, no. Dar fe a Dios significa **fiarse de Dios porque es Dios**, porque él es digno de crédito, porque es Veraz y es Bueno. El hijo se fía de su padre porque es su padre y es necesario que así sea. Si el hijo, por el motivo que fuese, no pudiese fiarse de su padre, no crecería sano. A Dios le damos fe porque es Dios; y renunciar a dar fe a Dios significa sumirnos en la oscuridad de la incerteza, de la inseguridad a propósito de las cosas más importantes de la vida. Renunciar a dar fe a Dios sería como si un niño no pudiese confiar en su padre: estaría perdido y la angustia se apoderaría de él. El hijo que puede confiar en su padre crece, por el contrario, alegre. Fiarle del propio padre es lo propio de ser hijo, **dar fe a Dios es lo propio del hombre**, el acto más propiamente humano. Así, el hombre puede afrontar la vida, porque la fe nos da la luz de la verdad y nos permite avanzar en el camino del Bien, hasta hacernos poseedores de la Verdad y de la Vida, hasta consumir nuestra unión con Dios.

Santa María, Virgen Madre, Virgen del Val, muéstranos la fuerza de la fe, la fuerza que hizo que tú, siendo una humilde muchacha, concibieses en tu pequeño seno virginal al Hijo eterno de Dios, al que habría de nacer de ti e iluminar el mundo.

Le debemos a Dios el don de su Hijo, sí, pero también se lo debemos a Santa María Virgen, se lo debemos a su fe:

¡Alma mía!, canta a Dios por la obra de su gracia.

y a María por el mérito de su fe:

*¡Que por la gracia de Dios y los méritos de María
tienes a Jesús, tu Maestro, Señor y Esposo!*

Abro mi boca y te bendigo, María:

que escuchaste a Dios y le diste vida humana;

que obedeciste su Palabra y me hiciste perceptible su voz;

que te sometiste a su Espíritu y me diste su compañía.

Me diste a quien me creó,

voz a la Palabra que anhelaba el oído

y forma a quien llena el misterioso vacío de mi alma

Abro mi espíritu y te bendigo, María, madre mía,

tu fe dio carne a la Palabra;

tu amor dio un corazón humano al Amado del Padre;

y tu esperanza dio alma humana al Espíritu que la creó.

Me diste a quien zarandea con sus manos mi carne dormida;

y, por su corazón abierto, unge el mío con su amor perfecto;

al hombre que asciende al cielo y arrastra mi carne y mi espíritu.

Santa María, Virgen Madre

Tú, María, por tu fe, hiciste el milagro.

Tú, por tu amor.

Tú lo hiciste, por tu esperanza.

Tú, la pequeña, omnipotente de la mano de Dios.

Tú me lo diste.

Tú me has dado a Jesús, mi Maestro, mi Señor y mi Esposo.

Tú, María Inmaculada ¡Bendita entre las mujeres!

Amén.

DÍA 6:
MARÍA, MADRE DE DIOS

«Dio a luz a su hijo»

(Lc 2,7)

Si hay un título que ningún hombre imaginó nunca poder llevar es este que la Iglesia le da a María: Madre de Dios, Madre del Creador. ¿Cómo puede un ser humano, una mujer, llegar a ser tal cosa? Porque el padre y la madre indican siempre la precedencia sobre el que es hijo. ¿Cómo puede ser María la Madre de Dios? ¿Cómo una mujer puede preceder a Dios? En este misterio se esconde el misterio del amor de Dios: que amase al hombre y lo tomase como verdadero interlocutor y se sometiese a su respuesta libre y a su fe, hasta hacerse hombre verdadero. Expliquemos cómo se llegó a este milagro.

La virginidad de María es la forma de su amor perfecto a Dios. Cuando el amor de Dios encontró este amor en María lo hizo fecundo sobremanera. Con su amor María no solo engendró un hombre, sino al hombre que traía la vida para todos los hombres; no solo engendró a un hombre, sino al hombre que es el Hijo eterno de Dios y Dios.

La virginidad de María, o su amor perfecto a Dios —podéis llamarlo como queráis, porque en María las dos cosas se identifican— dio vida humana, carne humana, corazón humano, inteligencia y voluntad humanas, al que existía desde siempre en el seno de Dios y era su Hijo y su Verbo, su Sabiduría eterna, por la cual y para la cual todo fue creado antes de los siglos. Este milagro, el milagro de dar vida humana al que era Dios, lo hizo María con su amor, esto es, con su virginidad, y con su fe.

Desde luego que fue Dios quien envió su Palabra desde el cielo. Desde luego que nadie le obligaba a ello, ni siquiera la atracción del amor de María. Desde luego que es el mismo

Verbo el que se inclinó hasta María y se redujo a sí mismo para llenar el pequeño seno de una mujer. El que no podía ser contenido por los cielos, porque él mismo lo contiene todo y todo lo creó y a todo da consistencia, ese mismo se redujo a sí mismo hasta el pequeño seno de María. Solo el que es siempre más grande, el siempre mayor, puede hacerse el más pequeño.

Pero cuando Dios envió su Palabra a aquella que ya lo amaba virginalmente, cuando la Palabra eterna se hizo una palabra breve, cuando la Palabra que todo lo abarca se contrajo a aquel pequeño espacio de Nazaret, entonces María escuchó, amó, creyó y engendró como hombre al que era Dios.

La Palabra se hizo carne, el Verbo se hizo carne; pero la carne, la humanidad, se la dio María con su amor virginal y con su fe. Dios envió, María acogió. El Verbo se empequeñece y María lo hace suyo y le da cabida en su ser de mujer. Si, María no es una especie de incubadora que Dios usa, es madre, madre del Verbo hecho carne, madre del Verbo que es Dios, madre de Dios. «Dios quería que aceptase voluntariamente y con plena conciencia ser la Madre del Señor, y no un mero instrumento pasivo, en cuyo caso la maternidad no habría tenido mérito ni recompensa» (Newman). Así, el que existe antes del tiempo, tuvo una madre en el tiempo, una madre que ya nunca dejará de serlo, porque él nunca dejará ya de ser el hombre Jesús. Después de concebirlo por su amor y por su fe, ella ya es para siempre su madre, la madre de Dios.

Cuando María lo tuvo delante, se postraría ante Dios, adoraría al que existía antes que ella y antes que el universo y el tiempo; pero también besaría algo suyo, reconocería los rasgos de su familia. María adoraría al que es totalmente diverso de lo que nuestros ojos pueden ver, al que es totalmente distinto de lo que nuestros oídos pueden oír, aquel cuya inmensa gloria nuestra razón no puede rastrear. Adoraría al que es distinto de todo lo conocido en este mundo. Pero al tiempo recorrería con los ojos su cuerpo de niño, como hace cualquier madre, y

recordaría en sus ojos, o en sus manos o en sus orejas, su propia herencia. Sí, María podría decir que ese niño que era Dios se parecía a ella. Inundada de alegría y de asombro podría haberle hablado así al recién nacido:

¡Cómo te pareces a mí! Así, tendido a mis rodillas.

¡Y qué distinto! Tú, cuyos días no tienen principio.

¡Cómo te me pareces!

Con ese imperceptible murmullo de tu boca.

¡Y qué distinto!

Tú, Palabra atronadora que resuena en el firmamento.

¡Cómo te pareces a mí! ¡Y qué distinto!

Para ti mi amor, para ti mi adoración.

A ti, tan como yo, sin reparo mi afecto.

A ti, tan distinto, sin reparo mi fe.

Y aprendo así a amar a mi Dios con afecto materno,

a adorar a mi hijo con fe obediente.

¡Cómo te me pareces! ¡Y qué distinto!

«Señor mío y Dios mío».

San Pablo dice: **«Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que Dios preparó para los que le aman»** (1 Cor 2,9). Jesús es el don de Dios al hombre. Todas las cosas que Dios ha hecho y ha dado a los que le aman se concentran en él. **«En él se esconden todos los tesoros del saber y del conocer»** (Col 2,3). **«En Él habita corporalmente la plenitud de la divinidad»**. «Todo lo tenemos en Cristo» dirá también luego san Ambrosio. Y san Ignacio de Antioquía usará una expresión que da cuenta del afecto con que la Iglesia ha mirado a Cristo, dice que él es «nuestro inseparable vivir». Y es que Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es un don que nunca hubiese ningún hombre imaginado: **«ni el ojo vio, ni el**

oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre». Este es Jesús, el don de Dios que nadie, tampoco María, habría podido nunca imaginar. Pero ahora que María lo tiene delante no puede dejar de ver que se parece a ella.

Nunca dejó de parecerse Jesús a María. Era su hijo: **«Dio a luz a su hijo»** —dice el Evangelio—, ¡a su hijo! Tanto era suyo, tanto era Jesús de María, que no termina nunca de dárnoslo. No termina de dárnoslo cuando lo da a luz, o cuando lo ofrece a los pastores en Belén, o cuando es un muchachito y escucha de él en Jerusalén: **«¿No sabíais que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?»**; o cuando sale de casa al encuentro de Juan Bautista que bautizaba en el Jordán. O cuando oye en Cafarnaúm, desde la puerta de la casa donde Jesús enseña: **«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?»**. O cuando lo contempla destrozado en la cruz, o cuando lo abraza ya muerto, o cuando lo adora resucitado y lo ve ascender a los cielos, o cuando ella misma es elevada al cielo y puede abrazar a Cristo glorioso. No deja de dárnoslo, porque es siempre *suyo* y *de ella* lo recibimos siempre. Es cierto que María nos remite siempre a Jesús, **«Haced lo que él os diga»**, pero al recibir los dones que nos trae Cristo, al recibir a Cristo, siempre recibimos al que es de María, tomamos siempre algo de ella.

María, danos siempre a tu Hijo. Nuestra alma es grande, nuestro pensamiento puede rastrear los cielos y los siglos, puede elevarse hasta Dios y reconocer su existencia y su omnipotencia. Nuestra razón es un gran ojo abierto de par en par que todo lo contempla. Nuestro corazón es grande, espacioso y capaz, como si de un mundo interno se tratara. Sí, Dios nos hizo capaces. Dios nos hizo capaces de él, *«homo capax Dei»*, pero solo tú, María, Virgen Inmaculada, Virgen Madre, solo tú, Inmaculada Madre de Dios, nos lo das hecho hombre: niño, hombre adulto y pleno, entregado por nosotros en la cruz y en la Eucaristía,

resucitado y glorioso, Señor y Juez. Es siempre tu hijo y solo tú nos lo das así hecho hombre como nosotros para siempre.

Danos siempre a tu hijo, al Dios que por tu medio se hizo hombre, al que por tu amor nos amó con un corazón de hombre, aquel para el que fuimos creados con este cuerpo y esta alma. Danos hoy de nuevo a tu hijo. Corremos el peligro de olvidar que existe Dios, corremos el peligro de creer que nosotros somos Dios, que somos nuestros propios dueños y nuestros propios creadores, que podemos decidir sobre la vida o la muerte, sobre el bien y el mal, que podemos crear la verdad en lugar de reconocerla. Y corremos el peligro de olvidar que Dios se hizo hombre, que se hizo hombre movido por el amor y que nos llama a él. Corremos el peligro de olvidar y despreciar el único amor que ha vencido la muerte y que puede dar consistencia a todo amor humano verdadero, el único amor que puede hacer justicia de todo sacrificio y de todo sufrimiento.

Un padre del Oratorio de Birmingham, el beato cardenal J. H. Newman, enseñaba que hay otra verdad consoladora que se esconde en el hecho de que María sea la Madre de Dios: que nosotros nos convirtamos en los hermanos de ese Dios que es el hijo de María.

¿Qué puede haber de más consolador y darnos más alegría que [...] la gran maravilla de que somos hermanos de nuestro Dios? La gran maravilla de que, si vivimos como es debido y morimos en gracia de Dios, nuestro Dios encarnado nos elevará después a todos nosotros al lugar donde viven los ángeles; de que nuestros cuerpos resucitarán del polvo y serán llevados al cielo; de que estaremos realmente unidos a Dios y participaremos de la naturaleza divina; de que todos y cada uno de nosotros nos sumergiremos, en cuerpo y alma, en el abismo de gloria que rodea al Todopoderoso; de que lo veremos y participaremos de su felicidad, como dice la Escritura: «El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre».

Santa María, Virgen Madre

Santa María del Val, Inmaculada Madre de Dios, danos de nuevo hoy el fruto bendito de tu vientre. Dánoslo hoy y enséñanos a acogerlo con amor y con fe, para que lo alcancemos en el cielo. Guárdanos en el camino de la vida, guárdanos para que seamos llevados al cielo y ya allí danos de nuevo y para siempre a Aquel fruto de tu vientre sin el cual toda eternidad no sería sino condena, a Aquel que es todo nuestro bien, nuestro inseparable vivir. ¡Danos a tu Hijo, danos a Dios!

DÍA 7:

MARÍA, MADRE DE DIOS, DOLOROSA

«Junto a la cruz de Jesús estaba su madre»

(Jn 19,25)

Al contemplar a María como Madre de Dios pudimos atisbar su grandeza: su persona se hunde en el misterio insondable de Dios. No hay título más grande que la Iglesia pueda darle, que el de «Madre de Dios». Dios es grande, más que grande: «es el ser mayor que el cual no cabe pensar otro» (san Anselmo). Podemos alcanzar una idea verdadera de Dios por lo que nuestra propia razón nos enseña y podemos llegar a conocerle de veras por lo que él mismo nos ha mostrado de sí en la Revelación. De esta forma, por la fe y la razón podemos llegar a concebir la grandeza de Dios. Pero justo entonces, cuando hemos alcanzado una cierta idea, incluso una cierta experiencia, de su grandeza, debemos saber que Dios es aún más grande, aún más grande que lo que hemos llegado a concebir, más grande que lo que hemos «tocado» de él por la fe, más grande que lo que nuestro amor conoce: Dios es siempre más grande, «*Deus semper maior*».

Pero cuando decimos que María es la Madre de Dios, estamos diciendo que esta mujer, una como nosotros, hunde el misterio de su persona en el misterio de Dios, en el Dios infinito y eterno, en el Dios que es siempre más grande que lo que podemos concebir y conocer. Si María es la Madre de Dios, María se sumerge y en ella aflora el misterio insondable de Dios.

El misterio de Dios es el misterio del Dios Uno y Trino, el de su ser eterno y su vida trinitaria, misterio de comunión y de amor. Pero es también el misterio de su plan salvífico para el hombre. Este plan concebido en el amor eterno de la Trinidad, pero escondido en el silencio de Dios, es el que da razón de la

creación. Este plan divino, su designio eterno, consiste en hacer que el hombre creado llegue a participar de su ser divino, de la vida trinitaria. ¡Estamos hablando de algo realmente grande y asombroso: el hombre en Dios! Y es este plan lo que explica que María haya sido elegida para ser la Madre del Hijo de Dios: Dios quiso hacerse hombre, para que el hombre llegue a ser Dios. Para ello eligió a María, para recibir de ella, con su maternidad virginal, carne humana, una naturaleza y una vida humana verdadera. Con esto volvemos otra vez a la grandeza de María: ella, con el valor de su amor virginal y de la obediencia de su fe, es por quien se derrama en la tierra todo el bien del cielo. El solo título de «María, Madre de Dios» encierra en sí todo el misterio de Dios y de su designio creador y salvífico.

Otros días hemos hablado del dogma de la Inmaculada concepción de María, también de algunos aspectos del dogma de la virginidad perpetua de María, hablaremos mañana del dogma de la Asunción de María a los cielos, y podríamos hablar incluso del lugar de María en la redención —algo de lo que muchos fieles desean y esperan con amor que sea el objeto del que sería el quinto dogma mariano, el de la corredención—. Pero todo lo que digamos de María gira en torno a su relación con Jesucristo, su maternidad divina, que expresa todo el mérito de su amor virginal y de su fe, su don personal más grande. En María todo gira en torno a la relación única que ella tiene con Jesucristo, que consiste en ser su madre. María es la mujer que ha establecido con Dios un vínculo materno que durará eternamente y esto nos pone delante de una grandeza que solo podemos atisbar. Esta es la mayor prerrogativa de María: ser la madre de Jesús, ser la Madre de Dios.

Pero «cuanto más elevados son nuestros dones, más pesados son nuestros deberes. Y no era un lote ligero estar íntimamente unida al Redentor de los hombres. [Eso es lo que] María experimentó más tarde cuando sufrió con su Hijo» (Newman).

Con esto nos centramos directamente en la cruz. El misterio de la maternidad divina de María y su vinculación indisoluble con el Verbo al que había dado carne nos permiten entender mejor el lugar que ocupó María junto a la cruz de su hijo. En la cruz padeció Cristo, aquel que había nacido de María, padeció quien era de María, padeció María.

Seguramente las que son madres sean las que en mejor disposición estén para entender que si Cristo padeció en la cruz, su madre padeció con él. Las que son madres saben lo cruel que puede llegar a ser el amor materno cuando ve sufrir al fruto de sus entrañas y de su afecto. En la vida natural del hombre el amor materno vincula la madre al hijo. No siempre es así, pero lo habitual es que la madre permanezca vinculada a sus hijos para siempre por el amor. La madre a los hijos, mucho más que los hijos a las madres.

María era madre y experimentó este vínculo y con él el dolor inmenso de ver a su hijo padecer injusta y terriblemente, en su cuerpo y en su alma. Sin embargo el vínculo de María con Jesús, su hijo, no era como el de cualquier madre. Y su dolor tampoco. El vínculo materno de María es más profundo y su dolor también. Veamos por qué.

María llega a concebir al Hijo de Dios, llega a ser la Madre de Dios, porque ama y cree: ama con un amor virginal nunca antes conocido, cree con una obediencia que la lleva a dejarse hacer totalmente, de forma que con ella empiece la nueva creación. La maternidad de María es el don de Dios que se funda en el amor virginal y en la fe total de María. El amor virginal es ya un vínculo de unión con Dios. Dios es el objeto del amor virginal de María desde que su conciencia despierta en la infancia. Dios es el objeto del amor virginal que en María va creciendo hasta el momento de su maternidad. La fe de María también tiene como objeto a Dios y la vincula a él. Hay que decir que la fe tiene siempre este efecto: vincula al hombre a Dios. Pero la fe *total* de María implica también una vinculación

más estrecha: dejándose hacer del todo por Dios —en este dejarse hacer consiste su fe total— inaugura una nueva forma de ser que se deja ver en las palabras con las que responde al Ángel: **«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra»**. María dice que es la esclava, la sierva. No es la actitud de quien se somete al más poderoso por el imperio de la fuerza, es la de quien ama, cree y espera. Sorprendentemente está así anticipando la actitud de Jesús, el verdadero Hijo de Dios, cuando se someta obediente también por el amor a su Padre y en el pórtico de la Pasión reze: **«Ahora mi alma está turbada; y ¿qué voy a decir?: “¿Padre, líbrame de esta hora?” ¡Pero si para esto he venido, para esta hora! ¡Padre, glorifica tu nombre!»**. En efecto, en el Nuevo Testamento el Hijo está tan referido al Padre y a su voluntad, que aparece como siervo, como esclavo, no por el temor de la fuerza, sino por el amor.

María recibe de Dios el don de la maternidad sobre el fundamento de este vínculo que es su amor virginal y su fe total, de forma que el vínculo materno de María con su hijo es un vínculo indescriptible conforme a la experiencia común de la maternidad.

Podemos llegar a entender un poco mejor cómo puede ser este vínculo materno fundado sobre la fe virginal y su fe total, si consideramos lo que Jesús enseña sobre el vínculo de la fe y del amor. A sus discípulos les dice: **«Quien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él»**. Es claro que el Padre ama a aquellos discípulos de Jesús con anterioridad, por eso los ha llamado, pero si ellos guardan su palabra, que es una forma de fe, entonces el amor avanza, toma posiciones y ya no solo llama y se ofrece, sino que funda una comunión, que expresa Jesús con esta fórmula sorprendente: **«vendremos a él y haremos morada en Él»**. El amor y la fe permiten que Dios haga del fiel *su templo*, que Dios habite de una forma real en el que le da fe. A eso lo llamamos «inhabitación».

¿Alguien puede imaginar cómo será esta inhabitación de Dios en María? ¿Alguien podrá imaginar cómo es el vínculo materno de esta mujer que es casa y templo del Dios al que ha dado carne y ha hecho nacer como hombre? ¿Alguien puede imaginar la profundidad, la fuerza de este vínculo maternal que se asienta sobre el amor virginal de María?

Otras palabras de Jesús pueden ayudarnos a darnos cuenta de esto mismo. En vísperas de su Pasión, Jesús, para fundamentar la unidad entre él y sus discípulos, les da un mandato: **«Permaneced en mi amor»**. Es como decir: «Amad mi amor», «amadme a mí, que os he amado». El resultado de este amor pedido a los suyos como respuesta a su amor, que va siempre por delante, es una unidad que Jesús describe como la unidad de los sarmientos a la vid. El amor de los discípulos es un permanecer con Cristo, permanecer unidos a su amor previo, como los sarmientos a la vid. Dice Jesús en este mismo pasaje: **«Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor»**. ¿Alguien puede imaginar cómo María, por su amor virginal, permanece unida a su Hijo en cada uno de los momentos de su vida?

Teniendo en cuenta la fuerza y la profundidad de este vínculo de comunión entre Jesús y María, cuando el Evangelio dice: **«Junto a la cruz de Jesús estaba su madre»**, está haciendo algo más que describir la escena del Calvario, está describiendo el permanecer de María en el amor de su Hijo, está describiendo una comunión de amor por el que María está sufriendo los dolores del Hijo, que son los dolores de un nuevo parto para ella: el de la nueva creación, la creación de un mundo nuevo y de una humanidad nueva que allí en la cruz está recibiendo su última forma: la de la obediencia, la del amor, la de la filiación.

La Madre de Dios es la Dolorosa y algo más, la que al pie de la cruz, en la comunión con los misterios de la vida humana de

su Hijo, está dando a luz al que resucitará del sepulcro, al hombre perfecto, a Cristo resucitado y a su Cuerpo, la Iglesia. La Madre de Dios es la Dolorosa y algo más, la que está dando a luz a la nueva humanidad, la Madre de la Iglesia.

Santa María, Madre de Dios, Virgen del Val, Madre Dolorosa, Madre de la Iglesia, vela sobre nosotros, vela por el Cuerpo de tu Hijo, vela por estos miembros que aún sufren la tentación, que aún dudan, que aún no saben obedecer, que aún no saben amar, que aún pecan, a veces gravemente. Vela sobre nosotros, manténnos en la unidad de la única Iglesia, en la unidad de fe y amor con tu Hijo, condúcenos hacia un amor perfecto y una fe plena, para que nuestra comunión con tu Hijo se consume y lleguemos a disfrutar en el cielo de Aquel que tú nos has dado en esta tierra.

DÍA 8:
MARÍA, ASUNTA AL CIELO

*«De pie a tu derecha está la Reina,
enjoyada con oro de Ofir»
(Sal 44,10)*

La formulación del dogma de la Asunción de María a los cielos dice exactamente que «la Inmaculada Madre de Dios y siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrenal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria del cielo».

En el curso de la historia de la Iglesia ha habido quienes han afirmado que realmente María nunca murió, que su alma nunca fue separada de su cuerpo, sino que al llegar al final del curso de su vida terrena experimentó una «dormición», después de lo cual fue elevada en cuerpo y alma al cielo. Otros, por el contrario, han pensado que María murió, como murió su Hijo, que su alma fue separada del cuerpo, y que este cuerpo muerto fue enterrado. Pero lo que unos y otros han sostenido, lo que siempre ha creído como cierto y seguro el Pueblo de Dios, es que, con «dormición» o con muerte verdadera, María no experimentó la corrupción, sino que fue elevada a la gloria del cielo en cuerpo y alma. Eso es lo que escuetamente recoge la afirmación del dogma.

Partamos nosotros de la idea de que María realmente murió y que enseguida fue resucitada y elevada al cielo en cuerpo y alma. No excluyo la otra hipótesis, simplemente tomo esta como punto de partida. Casi un siglo antes de que el dogma fuese formulado definitivamente por Pío XII en 1950, el beato cardenal J. H. Newman, lo expresó así:

Basta que aceptemos por la fe la gran verdad fundamental de que María es la Madre de Dios, para que de ello se sigan otras maravillosas

verdades. Una de ellas es que María fue excluida del destino común de los mortales, que no solo consiste en morir, sino en que la tierra vuelva a ser tierra, las cenizas cenizas y el polvo polvo. También ella tuvo que morir, y murió, lo mismo que murió su Hijo, porque era hombre. Pero [...] aunque su cuerpo haya estado durante un tiempo separado de su alma y haya sido depositado en el sepulcro, sin embargo no se quedó allí, sino que volvió a unirse muy pronto a su alma y el Señor lo elevó a la vida nueva y eterna de su gloria celestial.

En los días anteriores hemos dicho que María participa de forma muy particular del misterio de su Hijo, de la persona de su Hijo. El amor virginal y la fe perfecta establecen un vínculo de unión con Dios que eleva la relación maternal que María tiene con su Hijo, que es Dios, por encima de toda unión que podamos concebir entre una madre y un hijo. La comunión personal entre Jesús y María es un misterio del que difícilmente podemos hacernos una idea cabal.

Pero podemos entender que la participación de María en la muerte redentora de su Hijo, en la muerte en la cruz, no fue solo una herida mortal en el afecto, lo que cualquier madre podría experimentar en una situación así. Es una participación más profunda. Quizá esto lleve algún día a la Iglesia a proclamar un quinto dogma mariano, sobre la corredención de María. Lo cierto es que su participación en la muerte de Cristo tuvo que alcanzar las raíces mismas de su ser, de su persona.

Por eso es muy lógico pensar que, a pesar de su inocencia, a pesar de ser la Inmaculada, experimentó la muerte, tal como la experimentó su Hijo. Sería lógico pensar que, como consecuencia exclusiva de la comunión de fe y amor con Jesucristo, María experimentó la muerte. La muerte es fruto del pecado y el pecado nunca llegó a tocar a María. Ni el pecado original la tocó, por su concepción inmaculada, ni ella pecó nunca de ninguna manera. Y esto último tanto por las gracias que recibió de Dios como por su propio mérito. Si María murió,

no fue como débito por el pecado. Si ella murió, fue porque privarla de la muerte hubiese sido como privarla del momento en el que su Hijo culminó su obra llevando a perfección su amor a Dios y a los hombres.

San Pablo deseaba participar de los padecimientos y muerte de Cristo. Dice a los filipenses que él no considera nada en este mundo tan valioso como el conocimiento de Cristo; habla de ese conocimiento de la persona que solo el amor consigue. Dice que, comparado con ese conocimiento de Cristo, para él todo es basura y pérdida, que no espera sino llegar a vivir en él, y añade unas palabras que entenderá quien alguna vez haya amado: que desea **«participar de los padecimientos [de Cristo], asemejándome a él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos»** (Flp 3,10-11). San Pablo deseaba participar de todo lo que Cristo, por puro amor, había pasado antes por él. Desea padecer y estar unido a la muerte de Cristo para alcanzar la plena comunión con él. Eso san Pablo. Después de él muchos otros santos se han expresado de forma parecida.

Y Santa María, que amaba a su Hijo con un amor mucho más profundo y verdadero, que estaba unida a él con una fe perfecta, que había construido los lazos de su maternidad sobre el amor virginal a Dios y sobre la fe, ¿no iba ella a alcanzar esta misma comunión con los padecimientos de su Hijo? A mí me parece indudable, como me parece indudable que en los méritos de su Hijo, en los méritos de su amor, con el que somos redimidos, estaban también los méritos de su Madre.

Pero si María fue una con su Hijo en el morir, ¿no lo iba a ser también una en el hecho de que su cuerpo no fuese corrompido por la muerte, no volviese el polvo al polvo, la ceniza a la ceniza?

María sobrevivió a la muerte de su Hijo porque la providencia divina juzgó que era conveniente su compañía y su magisterio para la Iglesia naciente. Dios consideró que la Iglesia

apostólica necesitaba de su presencia corporal, así que vivió el tiempo suficiente para alentar a los Apóstoles. Pero después de esos años providenciales murió y completó su comunión con la muerte de su Hijo. Entonces, si ella fue una con su Hijo en el morir, ¿no iba también a participar de la fuerza de la resurrección de su Hijo? ¿No iba a ser ella elevada al cielo por la fuerza de la unión que mantenía con su Hijo? ¿No iba a atraer el cuerpo resucitado de Cristo con su luz victoriosa el cuerpo de su Madre, junto con su alma? ¿No iba a ser elevada María al cielo con aquel cuerpo suyo con el que había engendrado el cuerpo del Resucitado? ¿No sería asunta así al cielo, al mismo seno de Dios, que ya había sido abierto para la nueva humanidad de Cristo, por el que siendo Dios era su hijo y hombre verdadero? ¿No sería allí coronada como Reina de Cielos y Tierra, Señora?

María es la eterna madre de Dios, la eterna Madre de aquella humanidad del Verbo que por la muerte alcanzó la vida de Dios y es el único Salvador del hombre, el *«único médico espiritual y corporal; corruptible e incorruptible; que en la carne llegó a ser Dios; que en la muerte alcanzó la vida eterna; de María y de Dios; primero pasible y luego impasible. Jesucristo, nuestro Señor»*³ (san Ignacio de Antioquía, *Carta a los efesios*). Vinculada tan perfectamente a su Hijo, es rescatada de la muerte antes de que la muerte pueda corromper su cuerpo y es elevada al cielo para participar de la gloria de su Hijo. Ya no es simplemente la humilde muchacha oculta a todos los ojos en Nazaret. Ahora, asunta a los cielos, es Reina, Señora de todos los pueblos, junto a su Hijo para siempre, el Señor de cielos y tierra. ¡Jesús, **«de pie a tu derecha está la Reina, enjoyada con oro de Ofir»!**!

La maternidad de María, que ella sea la Madre de Dios, tiene como consecuencia última su asunción a los Cielos. Pero también aquí se muestra como madre de la Iglesia, que guía y

³ Sigo aquí la traducción e interpretación de J. J. Ayán Calvo, no en su edición de Fuentes Patrísticas, sino en la edición que posteriormente preparó para Biblioteca Patrística: JUAN-JOSÉ AYÁN CALVO, *Padres Apostólicos* (BP 50. Madrid, 2000) 239.

enseña a sus hijos. En la Cruz María había recibido como hijos a los discípulos de su Hijo («**Mujer, he ahí a tu hijo**»). Ahora elevada al Cielo enseña a los que ha recibido como hijos en la cruz, nos enseña el secreto de la vida cristiana: la fe y el amor que llevan a la comunión con Cristo, hasta participar con él en una muerte como la suya, esperando el poder de su resurrección.

Asunta al cielo, María nos enseña que el camino y el destino de Cristo no lo son solo para él, como si fuese un hombre único y solitario en su gloria, sino también para nosotros. El Hijo de Dios se hizo hijo del hombre para que los hijos de los hombres lleguemos a ser hijos de Dios, para que los hombres alcancemos la vida de Dios. Con su amor perfeccionó y santificó la humanidad que había tomado de su Madre, culminó esta recreación de su humanidad en la cruz, para elevarla hasta el seno de la Trinidad. Antes se preocupó de vincular a su propia persona a sus discípulos, para que llegasen a estar donde él está: **«vendré y os tomaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros»**. Participando en la muerte y en la resurrección de su Hijo, María nos enseña que la vida en gloria de su Hijo, lo es para todo el género humano. Donde ha llegado Cristo, ha llegado también María. ¡Ese es nuestro destino! Estar con Cristo, reinar con Cristo, sumergirnos en el amor eterno y perfecto de la Trinidad, que los ángeles solo pueden admirar desde fuera.

María elevada al cielo nos enseña la meta, no hay otra meta para el hombre que no sea la gloria del cielo, y nos enseña el camino, el propio Jesús, no hay otro camino, solo él. Nos enseña a unirnos a él por la fe, la fe que solo se le debe a Dios; nos enseña a amarlo, con el amor que solo se le debe a Dios; nos enseña a entregarnos con él con la esperanza que solo se puede poner en el amor de Dios. Solo el amor de Cristo es capaz de romper las ataduras de la muerte y hacer resurgir y brillar para siempre, para toda la eternidad, la belleza de su obra

Santa María, Virgen Madre

creada, la belleza de lo que él vio en cada hombre al darle vida, la belleza del amor, del sacrificio de cada hombre.

María, Madre de Dios, virgen y madre, Madre de la Iglesia, Virgen del Val, Madre nuestra, enséñanos a creer, enséñanos a amar, enséñanos a esperar, danos la alegría de la fe, del amor, de la esperanza en el Dios al que tu amor y tu fe hicieron hombre y ahora reina por los siglos.

DÍA 9:

MARÍA, VIRGEN AMABLE

*«¿Quién es esa que se asoma como el alba,
hermosa como la luna,
brillante como el sol,
terrible como escuadrones
en orden de combate?»
(Ct 6,10)*

Comenzamos la novena de Santa María, Virgen del Val, asombrándonos de su pureza inmaculada y proclamando que, por el admirable milagro de su Inmaculada Concepción, ella, María, es la Virgen que debe ser pregonada, que debe ser anunciada, que debe ser predicada (*Virgo praedicanda*).

Pero el milagro enorme de la Inmaculada Concepción de María solo era la preparación de milagros y maravillas mayores en los que hemos parado para gozarnos de la belleza siempre desconcertante de esta mujer. Hemos intentado exponer algo de lo que significa su perpetua virginidad: su amor virginal, el amor que buscó a Dios y atrajo su mirada y su deleite. Contemplamos también el mérito de la fe de María, que dio carne a la Palabra. Nos hemos fijado en este hecho central en la vida y en el corazón de María, que es una puerta al misterio de Dios y de su designio eterno sobre el hombre: el hecho de que llegase a ser en verdad y con toda la fuerza de la expresión: Madre de Dios. Después hemos hablado de lo que ya no son sino consecuencias y desarrollo de esta maternidad de María fundada sobre su pureza inmaculada, sobre su amor virginal y sobre la fuerza y el mérito de su fe. Porque es una forma de desarrollo de la maternidad de María el lugar que ocupa en el misterio de Cristo y su participación en la muerte y en la resurrección de Dios al

que ha dado carne humana. Así hablamos de la Dolorosa y de la Asunción de María.

Hoy, volviendo la mirada sobre el conjunto de lo que ha hecho en María la gracia de Dios y el ejercicio de su propia libertad humana, de lo que ha hecho en ella la gracia de Dios y su propio mérito, nos maravillamos de una mujer, una mujer real. Ella no es un mito que inflama nuestro espíritu pero no existe, no es un arquetipo que no existe en ningún lugar, hermoso pero inexistente. No es como el hermoso mito de Héctor, muerto en la defensa de Troya a manos de Aquiles, muerto heroicamente en la defensa de lo que ama incondicionalmente, su familia, sus amigos, sus raíces. María no es como el hermoso mito de Eneas llevando las esencias de Troya para que se convirtieran en los cimientos que elevarán a Roma. La belleza de María no es como la de los mitos, el bien que muestra y nos da, tiene la belleza y el valor de lo que es real, más aún, tiene la belleza y el valor de aquello que está asentado en el ser para siempre porque participa en el ser de Dios. Cuando hablamos de las maravillas de Santa María, representada para nosotros en la pequeña imagen de la Virgen del Val, cuando hablamos de Santa María, Concebida Inmaculada, siempre Virgen, Madre de Dios, Dolorosa, Asunta al Cielo, no hablamos de un mito, por bello que sea, hablamos de alguien muy concreto y muy real, de una mujer de verdad. Y el hecho de que sea «real» le da una belleza infinitamente mayor, le da la sustancia de la vida, la consistencia de lo que es, de lo que está, de lo que existe, de lo que vive, de lo que ama.

Miramos a esta mujer real y decimos de ella lo que dice el libro del *Cantar de los Cantares*: «*¿Quién es esa que se asoma como el alba, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como escuadrones en orden de combate?*». Entendemos bien su belleza al compararla con el alba, porque en la oscuridad de la vida del hombre alejado de Dios, sin saber para qué trabajar o para qué amar, para qué sufrir o para qué gozar un instante de las pequeñas cosas si todo pasa; que no sabe para qué engendrar

hijos y traerlos al mundo y luchar por ellos, para qué construir un pueblo y una nación. En esta oscuridad en la que desgraciadamente vivimos, ella es como el alba, trae las primeras luces con su concepción inmaculada y el mismo sol del mediodía dando a luz al Hijo de Dios. La luz y la belleza que porta María es, además, fuerte, y la entendemos bien al compararla con escuadrones en orden de batalla, porque nos han declarado la guerra, porque andamos siempre perdiendo esta guerra y ella nos trae la gracia y amor redentor de su Hijo. No hablamos de una belleza y de una luz débil, sino de la belleza del amor de Cristo crucificado, un amor fuerte, que ha llegado a su perfección, que ha superado todos los límites y ha vencido la muerte. Esta belleza que trae María, la de su Hijo, es la belleza que salva al mundo, que destruye la muerte y disipa las tinieblas para siempre: *«¿Quién es esa que se asoma como el alba, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como escuadrones en orden de combate?»*.

Quiero añadir algo más. Hablábamos antes de mitos hermosos, como el viaje fundador de Eneas o la defensa que Héctor hace de su ciudad y de aquellos a los que ama. Y podemos pensar: ¡Qué grande Eneas! ¡Qué hermoso el gesto de Héctor! Pero en realidad no los amamos. No amamos los mitos, no amamos aquello que no tiene la consistencia de lo real y no tiene libertad personal. María es real, una mujer real y es digna de nuestro amor, es «amable», digna de amor. Si tanta grandeza y belleza es real, si es la grandeza y la belleza de una mujer real, entonces nuestro amor podrá ser algo más que la admiración hacia un modelo imaginario. Podremos admirar y amar, podremos asombrarnos y acercarnos y ponernos de rodillas y suplicar y esperar ser escuchados y esperar respuesta. Los mitos brillan solo en la imaginación, su luz no llena las estancias de la casa. A María podemos acercarnos, porque es real, y podemos aprovecharnos de la luz de su rostro y del calor de su piel. Ella, con su luz, llena toda las estancias de esta Iglesia Universal.

Es muy posible que al acercarnos experimentemos una distancia moral que nos frene. Quizá pensemos que la cercanía a tanta bondad está muy por encima de las pobreza de nuestra alma y que sería mejor frenar. Aristóteles, hablando de un tipo concreto de amor, del amor entre los amigos, decía que para que la amistad fuese real, no mera ensoñación, era necesario que hubiese una cierta igualdad entre los amigos, una igualdad fundada en el bien moral. El mal no funda ninguna amistad real. Los malos nunca son amigos, realmente. Decía también que el malo no puede querer al bueno, ¡no le es posible! Solo el bueno puede amar al bueno. Aristóteles acertaba de pleno.

Pero, si esto es así, al acercarnos a María, ¿no seremos frenados por nuestras propias miserias? ¿no sentiremos el freno de nuestras respuestas siempre imperfectas al amor de Dios, que para ella lo es todo? Podría ser así si María no se adelantase a nosotros con el amor más humilde. Antes de que nosotros podamos experimentar cualquier freno, ella se ha adelantado, abajándose hasta nosotros para amarnos, para amarnos no con una indulgencia barata y falsa, sino por tres cosas que brillan en nosotros: nuestro propio ser de hombre, varón o mujer, que es siempre y será siempre imagen de Dios. La imagen de Dios no es un añadido al ser del hombre, en sí mismo el hombre es imagen de Dios. Esa imagen puede ser ensombrecida por el pecado, pero nunca puede ser destruida. Nos amará, en segundo lugar, por el amor con el que nos ha amado su Hijo: las heridas del pecado que todos llevamos, le recuerdan las heridas de su Hijo, son las mismas, las que nosotros tenemos por culpa propia y él asumió por amor y no borró de su cuerpo con la resurrección. Nos amará, en tercer lugar, por lo que el amor de su Hijo, su gracia, puede hacer en nosotros, por la transformación desde el interior, desde su raíz, de la que dicho amor es capaz, y por el destino tan alto que esa transformación implica: **«para que donde estoy yo, estéis también vosotros»**.

Creación, Redención y Gloria. María mira eso en nosotros. No mira con falsa indulgencia. Mira lo que Dios ha creado, ha

redimido y ha destinado a la gloria, porque eso es más real que nuestros pecados. La imagen de Dios en nosotros, recibida en el acto creador, es más real que las sombras del pecado. Porque el amor de Cristo por cada uno en la Cruz, en su acto redentor, es más real y más poderoso que todas nuestras traiciones, más grande que el cielo sobre nuestras cabezas. Porque, por su gracia, el pecado pasará y brillará solo la gloria que nos viene de Él, y brillará para siempre. Por estas tres cosas María nos ama. Su grandeza moral no impide amarnos en la miseria que nosotros experimentamos cada día. Ella ve mejor que nosotros y ama lo que realmente somos: la imagen de Dios, aquellos que su Hijo ha amado hasta el extremo y sobre los que ha esparcido su sangre redentora, aquellos que aún son libres y capaces de fe, aquellos llamados a la gloria.

Así pues, este amor de María, con el que ella se nos adelanta y se nos acerca, como se acercó en la aparición de esta pequeña imagen de la Virgen del Val, impedirá que nuestra indignidad nos frene ante ella. El amor de la más excelsa pero la más humilde de las criaturas, hará que no nos frenemos al acercarnos a ella para amarla, a ella, la Virgen Amable.

María es digna de nuestro amor. Es la más bella y alta de las criaturas. Sin embargo, por su humildad, es la más cercana, la más accesible de las criaturas. Amemos a la Virgen Amable, acerquémonos a ella con confianza y pongamos en sus manos el camino de nuestras vidas y el camino de las vidas de aquellos a los que queremos.

Termino con unas palabras de san Bernardo de Claraval. San Bernardo se dirige a los ángeles y a los hombres para exhortarlos a honrar a la Virgen y a su Hijo. Yo las repito, exhortando de nuevo a los ángeles y a los hombres a honrar a Jesús y a María:

Santa María, Virgen Madre

Ángeles santos, rendid honores a la Madre de vuestro Rey. Y hacedlo vosotros, que adoráis al que es a la vez Rey vuestro y Rey nuestro, al Hijo de nuestra Virgen, que ha rehabilitado nuestro linaje y vuestra corte. A Él, que es tan excelso para vosotros y tan humilde para nosotros, le debemos reverencia por su dignidad. Y por su condescendencia, démosle todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

Santa María, Virgen del Val, ruega por nosotros.

P. Enrique Santayana C.O.

Oratorio de san Felipe Neri de Alcalá de Henares

14 de septiembre de 2018

Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz



ÍNDICE

Presentación	1
1. María, la mujer que debe ser predicada. La Inmaculada Concepción	3
2. María, la mujer que debe ser amada. La obra más perfecta de la creación	7
3. María, siempre Virgen	12
4. María Virgen, la plenitud del amor	18
5. El mérito de la fe de María	24
6. María, Madre de Dios	30
7. María, Madre de Dios, Dolorosa	36
8. María, Asunta al Cielo	42
9. María, Virgen Amable	48

CONGREGACIÓN DEL ORATORIO

FELIPE
FERRI

ALCALÁ DE HENARES